

**BREVE HISTORIA
DE ESPAÑA I
LAS RAÍCES**

Luis E. Íñigo Fernández



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de España I. Las raíces*

Autor: © Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2019 Ediciones Nowtilus, S.L.

Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Imagen de portada: *La rendición de Breda o Las lanzas* (1634), Velázquez. En el Museo del Prado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-1305-032-4

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-1305-033-1

ISBN edición digital: 978-84-1305-034-8

Fecha de edición: abril 2019

Impreso en España

Imprime: Servinform

Depósito legal: M-11274-2019

A la España, una y diversa, patria de hombres y
mujeres libres e iguales

Índice

Prólogo	13
Introducción	19
Capítulo 1. Cuando España no era aún España	23
Orígenes	23
Depredadores	27
Agricultores	36
Herreros	42
Pintores	46
Los señores de la púrpura y el hierro	48
Los hijos de Dido	59
Capítulo 2. Hijos de la loba romana	65
Aníbal	65
Guerra de fuego	73

Y tras la espada, la toga	80
Latifundios y minas	83
Señores y esclavos	86
De Júpiter a Cristo	88
La agonía del Imperio	91
El legado de Roma	97
Capítulo 3. Bajo el signo de la medialuna	103
El colapso visigodo	103
Un Estado frágil	109
Una economía floreciente	125
Un pueblo que amaba la belleza	134
Capítulo 4. La recuperación de España	139
Montañeses y visigodos	139
Repoblación	145
Reconquista	152
El renacer de la vida urbana	161
El otoño del Medioevo	170
El legado de la Edad Media	181
Capítulo 5. La hegemonía hispánica	185
Unidad	185
Imperio	196
Una dinastía extranjera	208
Penuria y oropeles	218
Capítulo 6. Un gigante con pies de barro	229
Decadencia	229
Las Españas de América	243
La fatiga del Imperio	246
Siglos de Oro	253
Glosario	261

Cronología básica	
de la historia de España hasta 1700	271
Antes de la conquista romana	271
La Hispania romana	274
La Spania visigoda	279
Las Españas medievales	280
La dinastía Habsburgo	283
 Bibliografía	 285

Prólogo

Pocas cosas resultan tan difíciles en la profesión de historiador como la divulgación del conocimiento histórico para un público no especializado, dentro de los exigentes parámetros de calidad que calificamos de «académicos». Quien acomete el empeño debe conciliar en una síntesis el rigor intelectual y la capacidad de resumir los contenidos científicos con la amenidad expositiva que demanda la variedad de lectores a los que se dirige. Frente al «vulgarizador» mediático, que sigue la fácil senda de cultivar los prejuicios y los tópicos manidos, el divulgador académico se atiene al compromiso de calidad y objetividad que dimana de su propia condición de educador. Pocas cosas hay tan serias como transmitir al común de los mortales el conocimiento científico actualizado.

Y ello es especialmente comprometido cuando el empeño es, nada menos, que explicar el conjunto del devenir histórico de un pueblo desde el principio de los

tiempos hasta los días vividos por el lector. Pocas cosas han sido tan cuestionadas en nuestro país, en las últimas décadas, como la historia «nacional» española.

La potenciación de los particularismos regionales por la vía de los nacionalismos alternativos ha conducido, en las universidades y otros centros de investigación, a impulsar una pluralidad de enfoques sobre el concepto mismo de la «historia patria». Cobran fuerza las interpretaciones que niegan carácter nacional a la realidad del Estado español. Desde las conciliadoras propuestas federalistas de interpretar a España como «nación de naciones», hasta las lecturas que, por la vía de relativizar o demonizar la historia común, introducen visiones «soberanistas», confederales o abiertamente independentistas.

Pervive, pese a ello, la visión progresista de la historia de España concebida como un proceso de vertebración y modernización, en torno a la unidad territorial y al Estado soberano, que condujo hasta una comunidad nacional integrada por ciudadanos iguales y solidarios, los españoles. Y se mantiene, con mucho menos vigor, el enfoque tradicionalista de la nación forjada por una unión de pueblos en torno a la comunidad cultural hispana, la unidad religiosa y la grandeza de las empresas pretéritas.

Tras esta pluralidad de enfoques late, en el fondo y en la forma, la pregunta acuciante que tantos pensadores han intentado resolver: ¿qué es España? Para cualquier español consciente de su entorno social, del pasado que hereda, del presente que vive, del futuro que lega, esta es una cuestión fundamental. Y para resolverla más allá del puro sentimiento, siempre es preciso volver la vista atrás, a la historia. Profundizar en las raíces, estudiar los procesos comunitarios, analizar sus consecuencias.

Claro que lo «nacional» tiene límites retrospectivos. Aunque algunos lo pretendan, en los tiempos del Antiguo Testamento no se pueden rastrear las naciones

actuales. Es imposible que los habitantes prehistóricos de Atapuerca se considerasen «españoles». Tampoco sería, por ejemplo, el caso de Viriato, el guerrillero lusitano, de quien es igualmente improbable que se identificara como «portugués» o como «extremeño».

Podemos apostar a que su coetáneo, el caudillo íbero Indíbil, tampoco sabía que era «catalán». Pero un habitante de la península en tiempos de Cristo ya se consideraba genéricamente «hispano» y, en la Edad Media, el concepto geopolítico de España estaba suficientemente arraigado, al margen de las siempre cambiantes divisiones fronterizas de sus reinos. Los súbditos ibéricos de Carlos V se sabían pertenecientes a un reino de España que ya existía bajo una fórmula confederal dos siglos antes de que los decretos de Nueva Planta establecieran la moderna forma unitaria del Estado.

Concepto geográfico, comunidad cultural, realidad política, Iberia, Hispania, España constituye una constante en la evolución de sus pueblos que ha llevado a los historiadores, desde mucho antes de que existieran los nacionalismos y de que de ellos surgieran las naciones, a fijarla como objeto histórico milenario. Es como proyectarse al pasado desde el presente en busca de junturas y líneas de fractura de un proceso de convivencia en continua reelaboración.

La historia, como conjunto de saberes y como metodología de análisis del pasado, evoluciona en el tiempo y ello cambia la forma en que se percibe y se trabaja. Ni los historiadores, ni sus lectores, dejan de ser hijos de su tiempo. Es un tópico afirmar que cada generación reescribe la historia. En realidad, la reescribe cada promoción que sale de las aulas universitarias y, en el curso de la vida de su autor, un juvenil ensayo rompedor se transformará en un «clásico» de la historiografía, numerosas veces superado y rebatido. Otro tópico afirma que la historia la escriben los vencedores.

Solo es cierto en parte. Como el actual y apasionante debate sobre la «memoria histórica» de la guerra civil de 1936 está poniendo de manifiesto, la escriben los vencedores, pero la reescriben los nietos de los vencidos.

Y el empeño precisa de la pluralidad de enfoques. Aunque la pretenciosa historia total que se proponía a mediados del pasado siglo ha quedado relegada al desván de los imposibles, una historia «nacional» requiere de un tratamiento multidisciplinar, en el que la historia política, la económica, la social, la cultural... se complementan en la exposición de los procesos de largo recorrido a fin de explicarlos con la pluralidad de enfoques que requieren.

El esquema de la historia general de España está establecido en nuestras conciencias desde la escuela.

Sigue una línea cronológica global, dividida en periodos y un ámbito geográfico común, frente a las visiones fraccionales que la diversifican conforme a los espacios geográficos interiores o las estructuras político-administrativas actuales. Desde mucho tiempo atrás, esta línea cronológica se ha ceñido a la convención de unas divisiones tradicionales —prehistoria, edades Antigua, Media, Moderna y Contemporánea— separadas por tópicas cesuras, rígidas, breves y muy concretas: la batalla del Guadalete, la conquista de Granada, el 2 de mayo de 1808... El mundo académico lo sigue admitiendo así, de una manera formal, en las «áreas de conocimiento» que compartimentan nuestra historiografía universitaria. No obstante, parece más lógica la opción que se sigue en este libro: una estructura mucho más flexible, con una sucesión de capítulos de temática concreta, que obvian, en la medida de lo posible, los saltos entre las tópicas «edades» y mantienen, por lo tanto, una mayor continuidad en el relato.

La Historia de España que prologan estas palabras es un excelente ejemplo de síntesis de una tradición

histórica nacional que supera, en el tiempo y en el espacio, los límites de un Estado contemporáneo.

Tradicción que responde a una realidad avalada por los propios procesos históricos. Pero tradición que, en la visión actual que nos ofrece el autor, huye de los tópicos nacionalistas de cualquier signo para asumir la compleja pluralidad del hecho español y acercarla a la sensibilidad del lector de hoy. Luis Íñigo es un historiador vocacional, con una larga trayectoria como investigador y docente. Es, por lo tanto, un lector voraz y un trasmisor nato de conocimiento en los diversos niveles del discurso historiográfico. Y en esta Historia de España demuestra su capacidad para llegar al más amplio público de estudiantes y aficionados a la Historia. Con una prosa amena, explicativa, plena de imágenes y sugerencias. Pero sin concesiones a la vulgarización y al tópico, planteando en cada tema el estado de cuestión a la luz de las investigaciones más recientes. Con la esperanza, quizás, de que el lector del libro tenga, cuando lo concluya, más firmes elementos de valoración personal para contestar a la inquietante pregunta que subyace en tantas controversias historiográficas: ¿qué es España?

Julio Gil Pecharromán,
Profesor titular de Historia Contemporánea
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Introducción

¿Otra historia de España? Probablemente, querido lector, acabas de hacerte esta pregunta. Quizá has cogido el libro, atraído por el colorido de su cubierta, que tanto destaca entre los atestados anaqueles de la librería o del centro comercial donde te encuentras, sin otra intención que hojearlo mientras tal vez tus hijos se entretienen en la sección infantil. Si es así, cuento tan solo con unas pocas líneas, un par de minutos en el mejor de los casos, para provocar de tal modo tu curiosidad que no te quede más remedio que leerlo, convencido de que lo que en él vas a encontrar nadie te lo había ofrecido antes y de que, además, te ofrecerá algunas horas de lectura agradable y, por qué no decirlo, conocimientos fáciles de adquirir.

Por supuesto, tengo que asegurarte que eso es, precisamente, lo que vas a encontrar en estas páginas. No voy a engañarte. Escribirlas no ha sido una tarea

1

Cuando España no era aún España

La Turdetania es maravillosamente fértil; tiene toda clase de frutos y muy abundantes... Así pues, siendo la región navegable en todos sentidos, tanto la importación como la exportación de mercancías se ve extraordinariamente facilitada.

Estrabón, *Geografía*, Libro III.

ORÍGENES

Las gentes cultas del siglo XVIII se mostraban convencidas, pues así lo había calculado un célebre erudito de la época, de que Dios había creado el mundo no mucho tiempo atrás; exactamente, el 23 de octubre del año 4004 a. C. a las nueve de la mañana. Luego, tras dar forma a todo cuanto existe sobre la Tierra, la había adornado con su mejor criatura, el ser humano, que había visto la luz al sexto día de la Creación.

Hoy sabemos con toda certeza que no es así. El mundo es mucho más antiguo de lo que se creía hace



Reconstrucción ideal de *Homo antecessor*, el poblador más antiguo de la península ibérica a juzgar por un diente datado en 1,2 millones de años antes del presente que fue hallado en 2008 en Atapuerca. Eso, claro, en el caso de que se confirme su adscripción a dicha especie, hecho no tan evidente a juzgar por la opinión de algunos expertos, que proponen su asignación provisional a una especie inédita que, por su ubicación en España, sugieren designar con el original nombre de *Especie ñ*. Y los descubrimientos no cesan. En 2013 se halló, también en Atapuerca, un fragmento de cuchillo de sílex que parece datar de 1,3 millones de años y, en 2014, un nuevo fragmento de edad similar

completo. Recolector y carroñero, incluso caníbal en ocasiones, incapaz todavía de cazar otra cosa que pequeñas presas, deambulaba de sol a sol por los campos ibéricos; buscaba la proximidad imprescindible de los ríos, alimentándose de frutos y bayas; disimulaba su presencia a depredadores más fuertes y voraces, disfrutando a veces de los exiguos restos de sus festines en la protectora



El conocido popularmente como hombre de Neandertal, del que se ofrece aquí una reconstrucción idealizada, había de tener, a simple vista, un aspecto imponente. Nuestra especie, menos robusta y peor adaptada a la inhóspita Europa de las glaciaciones, solo contaba frente a él con una ventaja determinante: el lenguaje articulado.

por los ancianos y los impedidos, y quizá en el fondo de su alma latiera ya la gran pregunta acerca del verdadero sentido de la vida y el oscuro significado de la muerte. La práctica de enterrar a sus difuntos, en lugar de abandonarlos a merced de los carroñeros, y de acompañar sus cuerpos con herramientas, útiles o adornos revela, en todo caso, una humanidad bien lejana de la imagen bestial que muchas personas conservan aún de estos hombres y mujeres.

Pero la fuerza que iba a expulsar a los neandertales del gran teatro de la historia se gestaba ya silenciosamente en la misma cuna africana de sus antepasados. Allí, al menos según algunos autores, los últimos descendientes de *Homo heidelbergensis* habían cambiado también, pero de un modo distinto. Hace quizá unos doscientos mil años, la evolución había dado origen a una nueva especie, *Homo sapiens*, que llegaría más tarde a convertirse en la única representante de la humanidad.



Bisonte de Altamira (Neocueva, reproducción). Aunque las primeras interpretaciones sobre la pintura parietal del Paleolítico Superior quisieron ver en ella una simple manifestación del «arte por el arte», en la actualidad, sin negar la evidente capacidad estética de la humanidad paleolítica, se tiende a ver en ella un instrumento al servicio de su necesidad de asegurarse una caza abundante y segura.

Los hombres y mujeres de aquel tiempo hallaron el arte el camino más directo de comunicación con una naturaleza a la que se hallaban por completo sometidos. Inseguros, perplejos incluso, ante sus manifestaciones, convencidos de que detrás de cada planta y cada animal de los que dependía su sustento se hallaba una fuerza espiritual sobre la que se podía influir, se valieron de la escultura y la pintura para persuadir al medio que habitaban de que se aviniera a satisfacer sus necesidades.

Tallaron así el hueso para conferirle formas de animales; esculpieron la piedra hasta transformarla en figurillas femeninas de exagerados atributos sexuales, y



Difusión de la cerámica cardial. Aparecida en el séptimo milenio a. C. en las actuales Siria y Líbano, se extendió a lo largo de los dos milenios siguientes hasta alcanzar la península ibérica. No obstante, su difusión parece ser el resultado de los intercambios más que de la migración de los pueblos que la producían, y su presencia no se corresponde con rasgos culturales idénticos en todos los casos, sino que resulta compatible con numerosas variantes regionales.

En cualquier caso, el Neolítico peninsular mostró bien pronto esa pluralidad que tan presente habría de estar siempre en nuestra historia. En los primeros momentos, a comienzos del sexto milenio a. C., a lo largo de las costas levantinas y hacia el sur, la ganadería gana protagonismo al cultivo de los campos, y las cuevas ocultan cerámicas adornadas con incisiones o impresas con conchas, tributo simbólico de estos hombres al mar que les enseñó a trabajar la dúctil arcilla. La denominada cultura de la cerámica cardial, extendida por buena parte de las costas del Mediterráneo occidental, empero, es tan solo la primera que conocemos. Hacia el 4000 a. C., al norte, en lo que hoy es Cataluña, jóvenes



Reconstrucción del poblado de Los Millares, hoy en Santa Fe de Mondújar (Almería). La llamada cultura de Los Millares fue la más avanzada de la península durante el Calcolítico y, con toda probabilidad, la primera que utilizó de forma habitual utensilios de metal.

Por contra, en las montañas del centro y el norte, donde la naturaleza ha sido menos generosa y el cereal encuentra difícil acomodo, el pastoreo y el comercio ocasional deben bastar por fuerza para cubrir las necesidades de comunidades errantes cuyos enterramientos, más humildes, muestran las carencias de su base económica. Sin embargo, ni la pobreza se reparte por igual entre sus gentes, que han de soportar también las veleidades de unas élites no menos orgullosas que las de sociedades más avanzadas, ni todo es pobreza. Su cerámica, de curiosa forma de campana, deja huella por todo el continente, desde las tierras del Danubio a los fríos páramos ingleses, erigiéndose en un verdadero fenómeno cultural paneuropeo.

Por lo que parece, la extensión del vaso campaniforme acompañó a la de la metalurgia del cobre, entre



Vaso campaniforme hallado en Ciempozuelos, Madrid. Elaborado de forma clásica, con arcilla negra, pulimentado luego con una capa de barro fino, y decorado con motivos geométricos incisos rellenos de pasta blanca. Imagen de Wikimedia Commons.

el 2900 a. C. y el 1700 a. C. Los restos más antiguos se han hallado al sur de Portugal, y no les van a la zaga los andaluces, que datan del 2500 a. C. Su fin, sin embargo, se difumina en cierto modo, pues sus rasgos parecen haber ido cediendo poco a poco ante las culturas del bronce, con las que debió de experimentar cierta mezcla, ya en el atardecer del segundo milenio antes de nuestra era. Por otra parte, la homogeneidad que en un principio se atribuía a la cultura campaniforme no parece ser real. Las variantes regionales, cuando la arqueología ha desenterrado piezas suficientes en diversos lugares de Europa, se han puesto de manifiesto como evidencias poderosas que no pueden soslayarse.

El grupo campaniforme más célebre dentro de la península ibérica es el de Ciempozuelos, que toma su nombre de la pequeña localidad cercana a Madrid,

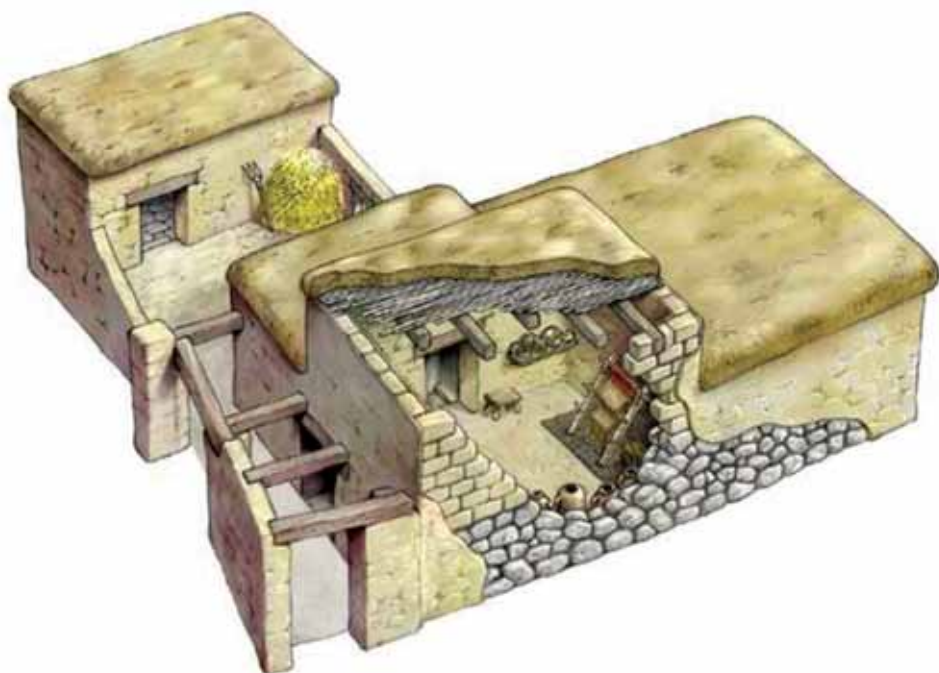


Figuras de la Roca dels Moros del Cogull, en Les Garrigues, Lérida. Descubiertas en 1908 por el rector del pueblo, con 42 figuras pintadas y 260 elementos grabados, han sido declaradas por la Unesco, como todo el arte rupestre levantino español, Patrimonio de la Humanidad. Imagen Wikimedia Commons.

exagerar. Ya no formaba parte de la naturaleza; ahora la contemplaba desde fuera, como algo ajeno a su propio ser, y se disponía a dominarla. ¿Cómo no iba a producir semejante evidencia efecto alguno sobre el arte?

LOS SEÑORES DE LA PÚRPURA Y EL HIERRO

El progreso no se detendrá; las influencias del exterior, tampoco. La Iberia que se encuentran los romanos, tres siglos antes del nacimiento de Cristo, empieza a formarse siete centurias antes, hacia el año 1000 a. C. Sus forjadores serán visitantes venidos del este, de las lejanas costas del Mediterráneo oriental, y del norte, al



Reconstrucción idealizada de una casa ibera. Las construcciones características de los poblados iberos se levantaban en una sola planta, con una superficie de entre 80 y 150 m², algo más las de los jefes. Junto a la estancia o habitación principal, aparecían otras como dormitorios, talleres o almacenes. Bastante abigarradas, formaban manzanas cerradas separadas por calles estrechas.

rendirse ante las seductoras divinidades foráneas, y no lo es menos su escultura, que representa ahora su sumisión a las viejas fuerzas con la armonía aprendida de los visitantes extranjeros, que muestran como ninguna otra las hermosas facciones de la Dama de Elche. La iberización*, en fin, es un hecho varios siglos antes de la llegada de los romanos a nuestras costas.

Pero ¿cómo se produjo en realidad la iberización? Para algunos, fue en la actual Andalucía donde se formó la cultura ibérica, hija de las aportaciones de los colonizadores fenicios y griegos sobre el sustrato indígena, ya adelantado por la poderosa presencia de la cultura



Representación de Gárgoris, mítico rey de Tartessos, en un vaso griego de época clásica. Como todas las civilizaciones antiguas, Tartessos tuvo también sus legendarios fundadores. A Gárgoris, en concreto, la tradición le atribuye la invención de la apicultura.

pirenaicas. Apenas iniciado el último milenio antes de la Era Cristiana, continuas migraciones de pueblos indoeuropeos van introduciendo la metalurgia del hierro y unas formas culturales bien diferentes de las de la Iberia mediterránea. Celtas será el denominador común que la costumbre ha concedido a estos pueblos portadores de nombres que en su época llegaron a ser sinónimo de belicosidad: galaicos, turmódigos, berones... Gentes de vida dura y carácter arrojado, habitan en redondas moradas de piedra y paja, agrupadas al abrigo de muros y torres, y aisladas por fosos en lo alto de protectores cerros. Dedicán sus días a la guerra o al pillaje, mientras sus mujeres cuidan rebaños y campos esperando pacientes el botín. Y someten, en fin, con la



Reconstrucción imaginaria del puerto de Cartago. La talasocracia cartaginesa —un imperio sustentado en el control de las rutas comerciales del Mediterráneo occidental— dependía por completo de su armada, que pasaba por ser la más poderosa del occidente. Los romanos demostrarían, no obstante, que el tesón y la organización pueden superar a la experiencia.

en el norte de África que se erigió en heredera de su comercio en el Occidente. Esta colonia, fundada según la leyenda por la reina Dido, obligada a huir de Tiro por su hermano, el rey Pigmalión, se llamaba simplemente ‘ciudad nueva’, *Kart Hadasht* en lengua púnica, nombre del que deriva el de Cartago, con el que ha llegado hasta nosotros.

La herencia cartaginesa del occidente fenicio no es fruto de la casualidad. No existía en su desértica vecindad potencia alguna que la inquietase. El valle donde se asentaba era lo bastante fértil para alimentar a toda una gran urbe. Su puerto, erigido en la encrucijada entre las dos principales rutas del comercio mediterráneo, ofrecía a Cartago, de la que salían también cuantas caravanas

2

Hijos de la loba romana

Por la romanización entra Hispania en la corriente universal y recibe a través de Roma la cultura griega, el cristianismo más tarde, y las demás corrientes de civilización.

Antonio Tovar y José María Blázquez,
Historia de la Hispania romana, 1974.

ANÍBAL

La ambiciosa Roma había aceptado la conquista cartaginesa de Iberia tan solo porque los galos amenazaban por entonces sus fronteras septentrionales. Pero se trataba de una situación del todo provisional. Al frente de la República romana ya no se encontraban los viejos patricios, sino la *nobilitas*, una nueva clase social integrada por quienes habían ejercido una magistratura, fueran patricios o plebeyos, incluso hombres de origen humilde que ennoblecían a sus familias tras su desempeño de un alto cargo. Las reformas de Apio Claudio el Censor, a finales del siglo IV a. C., culminaron



Aníbal cruzando los Alpes, fresco del siglo XVI atribuido a Lacopo Ripanda, Museo Capitolino, Roma. La estrategia de Aníbal, construida sobre una hazaña impensable para los militares de la época, demostró su genialidad y eficacia. Sin embargo, no sería en Italia, sino en Hispania, donde iba a decidirse el resultado de la guerra.

La conquista de las posesiones púnicas en Hispania no fue, sin embargo, tarea fácil. Mientras Aníbal desbarataba, uno tras otro, cuatro ejércitos romanos en el Tesino, en Trebia (ambas en el 218 a. C.), en el lago Trasimeno (217 a. C.) y en Cannas (216 a. C.), las legiones enviadas a la retaguardia cartaginesa ocupaban el nordeste, vencían a las tropas de Asdrúbal y progresaban con rapidez hacia el sur. La rebelión de los númidas, pueblo bereber aliado hasta entonces de los cartagineses, que obligó a Asdrúbal a regresar a Cartago, permitió incluso que los romanos se hicieran con Sagunto. La misma capital, Cartago Nova (la actual Cartagena), corría peligro, y con ella el dominio púnico sobre Iberia. Pero el regreso de Asdrúbal en el 211 cambió de inmediato el signo de la guerra. Reforzado con tropas enviadas desde Cartago,

3

Bajo el signo de la medialuna

Pero las causas profundas de la efímera duración del Califato y de su desintegración total después de su esplendor social, político, económico y cultural habrá que buscarlas en la falta de cohesión o unidad racial y religiosa, en unas estructuras militares a base de mercenarios que no habían cambiado desde el siglo VIII, en una oligarquía árabe prepotente y excluyente y en unos grupos extraños, primero eslavos y después beréberes, que se incrustaron artificialmente en la sociedad andalusí, además de una población cristiana, tal vez mayoritaria, que no se sentía identificada con el régimen musulmán...

Joaquín Vallvé: *El Califato de Córdoba*, 1992.

EL COLAPSO VISIGODO

La tradición medieval, más amante de las lides románticas que de la exégesis política, atribuyó la pérdida de España a la sucia traición de un noble, el conde don Julián, a la sazón gobernador de Ceuta. Resuelto a vengar

fielmente todo lo que pactamos con él: que librará por capitulación las ciudades de Orihuela, Villena, Mula, Alicante y Lorca; que no dará hospitalidad a los que huyan de nosotros, ni a los que nos sean hostiles, ni molestará a los que nos sean fieles o estén bajo nuestra protección, ni nos ocultará las noticias que tenga de nuestros enemigos; y que él y los suyos pagarán cada año un denario, cuatro admuds de trigo, cuatro de cebada, cuatro de vino, cuatro de vinagre, dos de miel y dos de aceite.

Carta de protección concedida por Abd al-Aziz a Teodomiro de Orihuela, 713

Portada de *La crónica del rey Rodrigo*, escrita en 1439 por Pedro del Corral, que recoge las tradiciones sobre el último rey godo y la pérdida de España, con la participación de personajes tan conocidos como el conde Don Julián, el obispo Don Opas, el caudillo Tarik, el moro Muza, la Cava, el rey de Córdoba Pelistas o el rey Don Pelayo.





Recorrido seguido por las tropas musulmanas en la conquista del reino visigodo. Como puede apreciarse, aunque penetraron considerablemente en el norte peninsular, su interés se desplazó enseguida hacia las tierras de allende los Pirineos, donde esperaban hallar botines aún más ricos que los saqueados hasta entonces. La derrota sufrida en Poitiers en el 732 limitó sus conquistas al sur de dicha cordillera.

Al año siguiente, el propio Musa llegaba a España con unos dieciocho mil hombres, esta vez árabes en su mayoría, y rendía Sevilla, Mérida y Zaragoza, para marchar a continuación hacia el oeste, donde Tarik se había apropiado ya de León y Astorga. En torno al 715, casi toda la península, con excepción de Galicia y Asturias, por las que los invasores mostraron escaso



Estatua de Abderramán Ibn Marwan, el Gallego, en la ciudad de Badajoz. Ibn Marwan, al igual que ibn Hafsun, fue un muladí rebelde que, en este caso, extendió sus dominios desde Badajoz, de la que fue fundador, a Huelva en la segunda mitad del siglo IX.

El emirato así fundado se vería afirmado en los reinados de sus sucesores, pero la debilidad de la base sobre la que se asentaba, su terrible heterogeneidad social, no desapareció. Por ello, al mediar el siglo IX, cuando la economía entró en crisis, volvieron las rebeliones, alimentadas por las malas cosechas, las epidemias, los abusos de la Administración, el aumento de la presión fiscal y los afanes independentistas de los gobernadores de las marcas fronterizas. Por añadidura, las sublevaciones eran ahora mucho más que simples estallidos de violencia de los descontentos. Tras ellas empezaba a tomar forma la intención de construir una alternativa política al emirato.

Hacia el 842, Musa ibn Musa ibn Qasi, auto-proclamado tercer rey de España, se convirtió durante más de veinte años en soberano efectivo de la marca zaragozana sin que los emires cordobeses pudieran impedirlo. Secesiones similares, aunque menos extensas



Dinar de oro, ceca de Almería, siglo x. El califato cordobés copió de bizantinos y persas un sistema monetario bimetálico cuya estabilidad actuó como incentivo para el desarrollo de la artesanía y el comercio.

productos. Las telas de lino y algodón, las mantas y tapices de lana, los lujosos brocados y, sobre todo, los excelentes tejidos de seda, cuya fama se extiende por todo el mundo musulmán, daban ocupación a miles de artesanos andalusíes. El trabajo del oro, la plata y las piedras preciosas alcanzaba también un altísimo nivel, y no le iban a la zaga el cuero repujado, el marfil, la cerámica vidriada o la fabricación de armas, actividad en la que Toledo destacaba ya entre las ciudades andalusíes. En algún campo, como en el vidrio y el papel, sus artesanos marchaban incluso a la cabeza de Occidente en lo que se refiere a la introducción de mejoras técnicas.

De tales fuentes bebía una sociedad compleja, cuya infinita variedad se negaba a dejarse limitar por los rígidos cánones de sus estudiosos. Para los alfaquíes musulmanes, el hombre se definía por su libertad y su fe. La esclavitud existía, pero se les antojaba una condición siempre excepcional y transitoria. Y, en cuanto a los infieles, integraban una entidad distinta, ajena a la sociedad propiamente dicha, constituida tan solo por



Vista aérea de Medina Azahara. Incluso en la actualidad, las ruinas de la hermosa ciudad levantada por los califas cordobeses nos revelan en buena medida el espíritu de una cultura que hizo del amor por la belleza y el disfrute de la vida una de sus señas de identidad.

incluso influyeron en la obra de santo Tomás de Aquino; Maimónides, contemporáneo y colega suyo; el geógrafo Al-Idrisi, lector de los clásicos Estrabón y Tolomeo, e incansable viajero por tierras africanas y asiáticas, que vivió en la misma época; el místico Al-Arabi, muerto en 1240, cuyas obras se enseñaron en Oriente y ejercieron

4

La recuperación de España

Parece indiscutible [...] que para la península ibérica y sus habitantes se había ido construyendo durante la Antigüedad y la Edad Media una identidad diferenciada de la de sus vecinos, y que tal identidad se designaba precisamente con los términos *España* y *español*.

José Álvarez Junco: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. 2001.

MONTAÑESES Y VISIGODOS

Mientras el huracán desatado por árabes y beréberes barría imparable la península, algunos nobles visigodos, quizá los pocos que creían en el Estado al que habían servido, encontraron en tierras del norte el asilo de las comunidades que habían rechazado durante siglos integrarse en la corriente principal de la historia. Fundiendo su vitalidad y la herencia que ellos llevaban consigo —sus instituciones, su Iglesia— nacerían en las agrestes comarcas septentrionales algunos pequeños enclaves de resistencia al ocupante. Pronto llegó la primera victoria,



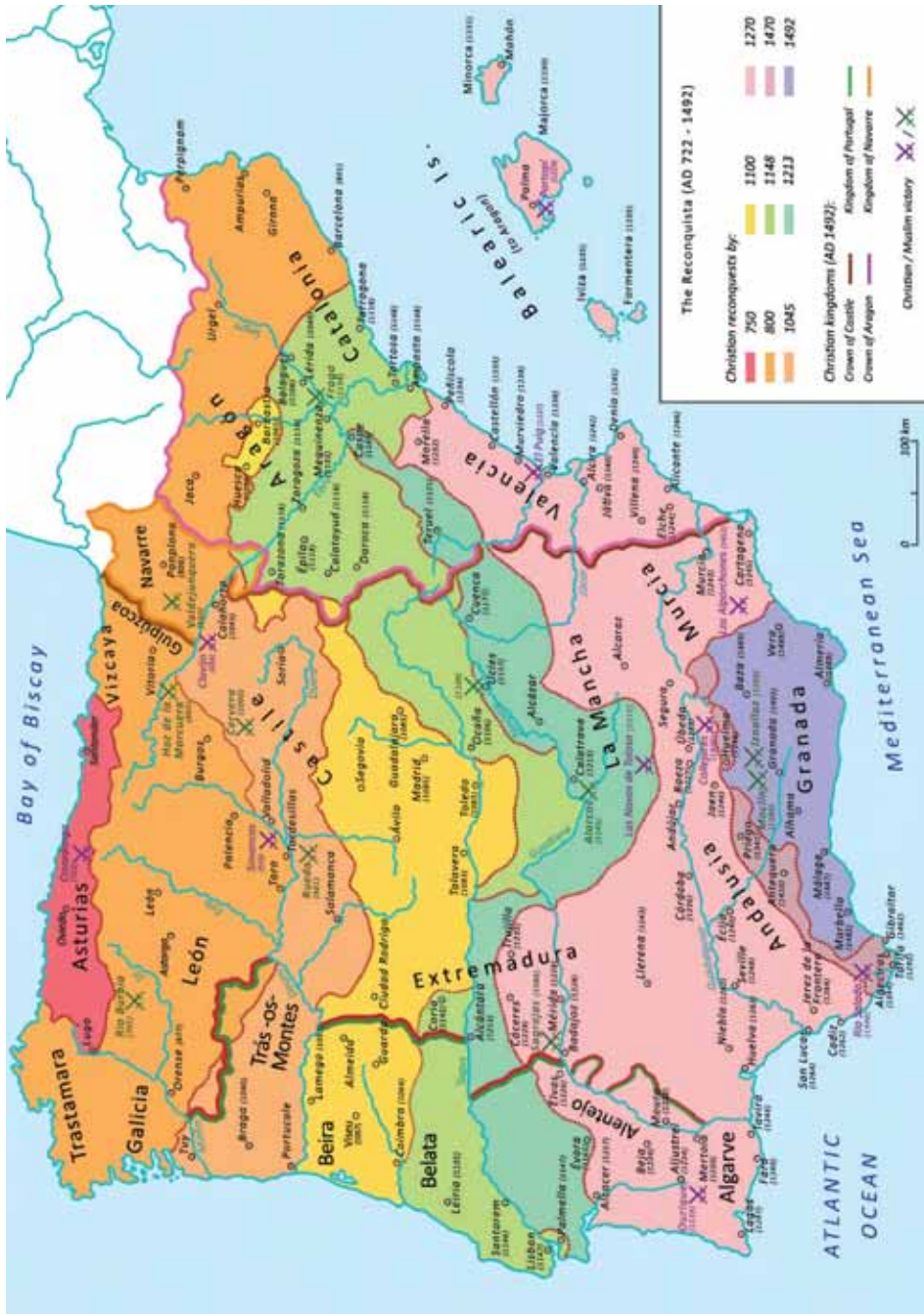
Castillo de Aledo, en Murcia. Construido por los musulmanes en la falda meridional de Sierra Espuña, vigilaba el estratégico pasillo de comunicación entre las tierras de Valencia y el futuro Reino de Granada. En días claros se llega a divisar incluso la costa mediterránea.

un territorio pobre, poco poblado y bloqueado en su posible avance hacia el sur por la protección dispensada a la taifa zaragozana por navarros y catalanes, enriquecidos por sus parias. Es la Cataluña de Ramón Berenguer I, entre el 1035 y el 1076, la que, alimentada por los tributos musulmanes, prepara su futura expansión. Pero Aragón despierta pronto. A finales del siglo XI, Pedro I, que ocupa el trono entre 1094 y el 1104, recupera Huesca y Barbastro. Su hijo, Alfonso I, llamado el Batallador, se apropia poco después de Zaragoza, en el 1118, y Tudela y Tarazona al año siguiente. La reacción almorávide frenó su avance, que tampoco convenía a los condes catalanes, e impidió que llegara hasta Valencia, como era su objetivo. Pero tampoco aquí lograron los fanáticos invasores magrebíes hacer volver grupas a los guerreros del norte. Zaragoza y el valle del Ebro permanecerán en manos cristianas.



Pendón arrebatado a los almohades en la batalla de Las Navas de Tolosa, monasterio de las Huelgas Reales, Burgos. Tejido en seda, plata y oro, adornaba, según se cree, la entrada a la tienda del sultán Abu Yusuf, conocido por los cristianos como Miramamolín. La trascendencia de la batalla fue tal, que ha quedado grabada para siempre en el escudo de España, cuyas cadenas, tomadas del pendón navarro, recuerdan las que, según la tradición, hubieron de romper los soldados de este reino para apresar al caudillo almohade, cuya tienda protegía un pelotón de esclavos encadenados.

le había sido atribuido en 1179 por el nuevo Tratado de Cazorla, y conquista la mayor parte de Andalucía. Aragón, sacado a la fuerza del sueño europeo, no tiene más camino ahora que el del sur. De la mano de Jaime I el Conquistador (1213-1273), incorpora los reinos de Valencia y Mallorca y abre las puertas hacia un nuevo

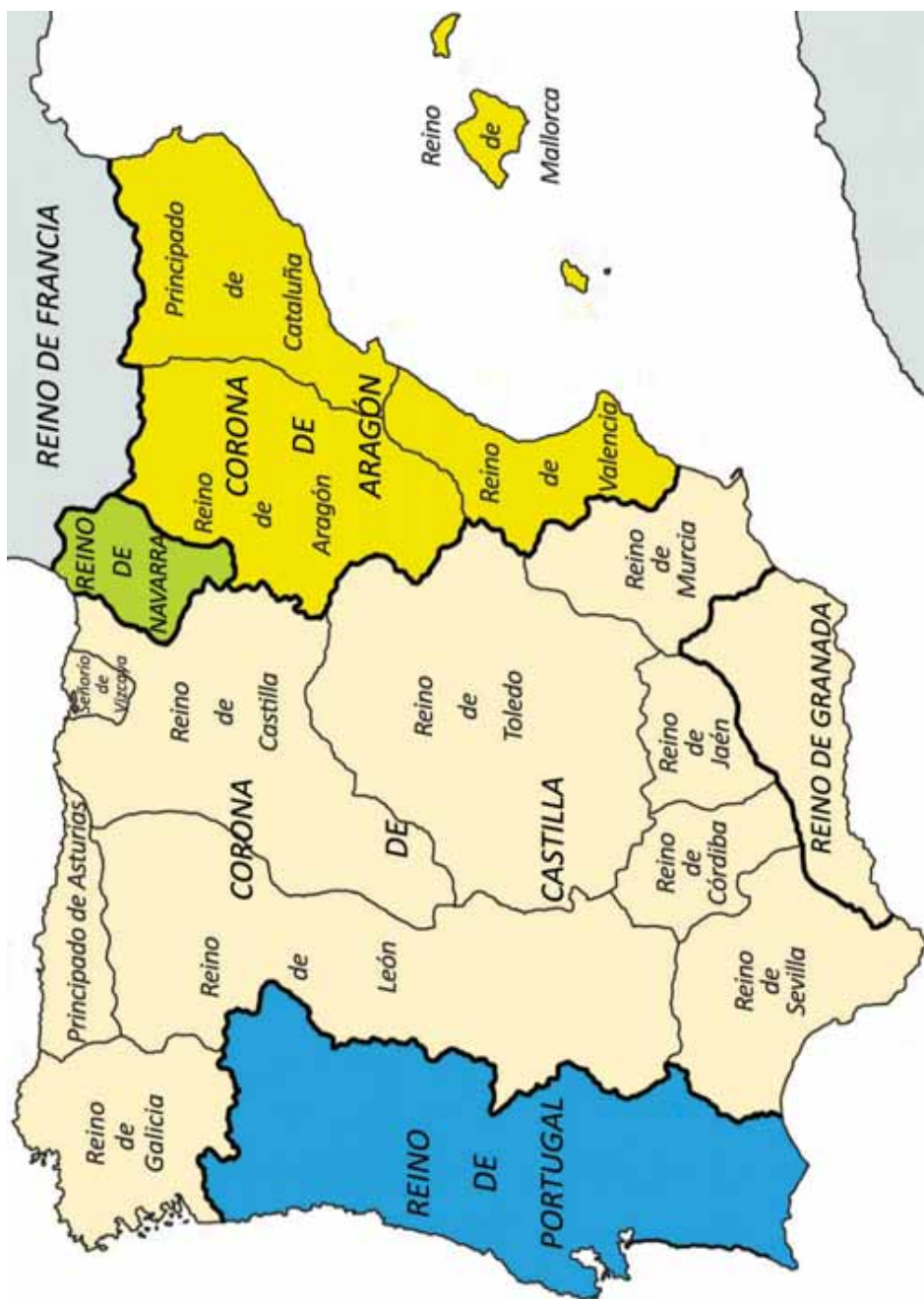


Mapa que representa la evolución de la Reconquista entre los siglos VIII y XV. El concepto patrimonial del estado, las parias musulmanas y las invasiones desde el norte de África ralentizaron un proceso que podría haber concluido mucho antes.

Catedral de León.
Iniciada en el siglo
XIII sobre
el modelo de la de
Reims, es uno
de los grandes
templos del estilo
gótico, y uno de
los que mejor
ejemplifica la
obsesión del arte
gótico por la
reducción de los
muros a su mínima
expresión para ser
sustituídos por
vitrales coloreados.



persas, mahometanos o hindúes son vertidos al árabe, al griego, al latín y al castellano. Al igual que en el resto de Occidente, brotan también en los reinos hispánicos las primeras universidades, flor nueva del paisaje urbano que desconoce la vieja quietud de claustros y escritorios monacales. Lo hacen primero en Castilla y León, donde se fundan las de Palencia y Salamanca ya en el siglo XIII, y luego en la corona de Aragón, donde ven la luz en el siglo siguiente las de Lérida y Huesca. Y las lenguas recién nacidas, humildes aún ante el orgulloso latín de la cultura oficial, ascienden al fin a la categoría de idiomas literarios de la mano de monarcas como Alfonso X, cultivador del gallego y del castellano, clérigos como Gonzalo de Berceo o Ramón Llull y cantores anónimos como el del Mío Cid.



Los reinos españoles hacia 1480. Castilla era entonces por su extensión, población y pujanza económica mucho más poderosa que Aragón, y sus instituciones podían ofrecer menor resistencia al fortalecimiento de las prerrogativas regias. No es extraño, pues, que fuera en ella donde dio comienzo la construcción del Estado moderno.

Las Cortes catalanas en una miniatura del siglo xv. Al contrario que en Castilla, en los reinos de la corona de Aragón, las Cortes, representación de la sociedad estamental, no del pueblo como a menudo se dice, disfrutaban de un poder efectivo que condicionaba las decisiones regias y preservaba los privilegios de los grupos sociales dominantes.



El mundo del espíritu no sale indemne de la conmoción general. La Iglesia hispana padecerá, tanto en su cabeza como en sus miembros, los mismos males que sufre en todo Occidente. La inoperancia se ceba en los párrocos rurales, tan ignorantes en doctrina como inanes en moralidad, pero no deja de lado a obispos y abades, más preocupados por acrecentar su prestigio que por pastorear las almas a su cargo. Por ello, la religiosidad popular, agitada por los males de la época, deriva a menudo hacia la superstición, la brujería o, en el mejor de los casos, hacia la mística y el patetismo. La evidente necesidad de reforma se canaliza mediante la fundación o la renovación de órdenes religiosas, buscando de nuevo el ascetismo y la pureza de las reglas primitivas. En este caldo de cultivo, la herejía siembra

5

La hegemonía hispánica

Esta es, pues, la historia de una nación que se vio atribuir inesperadamente un papel mundial para el cual nunca estuvo bastante preparada y que hizo heroicos esfuerzos por desempeñar, con consecuencias que modificaron la faz de la civilización mundial, pero que crearon fisuras internas muy profundas que persistieron a lo largo de todo el período y que hasta cierto punto continúan hasta hoy.

Henry Kamen: *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714*, 1983.

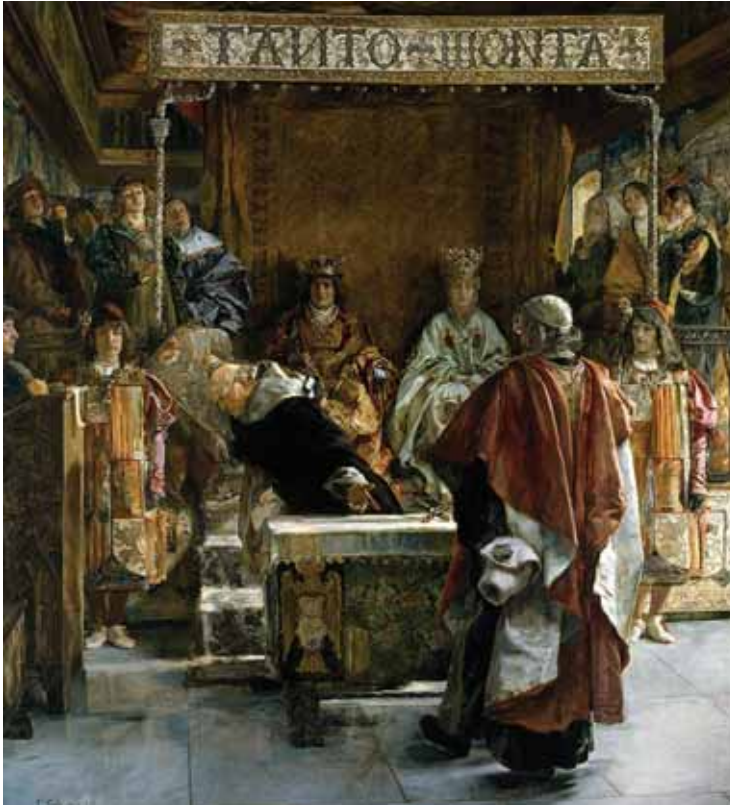
UNIDAD

En una fría mañana de otoño de 1469, la villa castellana de Valladolid fue testigo de un matrimonio que cambiaría para siempre la historia peninsular. Isabel, heredera de Castilla, unía su destino a Fernando, que lo era de Aragón. Sus descendientes estarían, pues, llamados a reinar sobre una España de nuevo reunida tras ocho siglos de lucha.



Escudo de los Reyes Católicos. El blasón, que integra las armas de todos los reinos que constituían la herencia de los monarcas, muestra con claridad cuál era *a priori* la naturaleza de la unión que representaban Isabel de Castilla y Fernando de Aragón: una unión meramente dinástica entre territorios que conservaban sus leyes y sus fronteras. No obstante, los reyes desearon ir mucho más allá en esa unión y orientaron a ese fin buena parte de su obra política.

incapaz, con la excepción de Valencia, de levantar de nuevo el vuelo. Medina del Campo, Burgos y los puertos cántabros crecían alimentados por el intenso flujo de lana hacia el norte; el Mediterráneo se acostumbraba a los mercantes castellanos, e incluso las humildes villas del interior mostraban una pujanza desconocida. Pero la mayor diferencia era de orden político. Las Cortes de Castilla condicionaban mediante la concesión de servicios monetarios la gestión del monarca, pero, reconociendo el derecho real a legislar, no la paralizaban como sus



Expulsión de los judíos de España, por Emilio Sala (1889). El 31 de marzo de 1492, los Reyes Católicos firmaron en Granada el decreto de expulsión, que fue enviado a todos los rincones de sus reinos con órdenes de no hacerlo público hasta el 1 de mayo. Unos meses antes, un auto de fe celebrado en Ávila en el que fueron quemados vivos tres conversos y dos judíos por un crimen ritual contra un niño cristiano (el célebre *Santo Niño de La Guardia*) contribuyó a crear el ambiente propicio para la expulsión.

solo frente a ellos serviría de aglutinante. Esos enemigos eran los hebreos y los musulmanes.

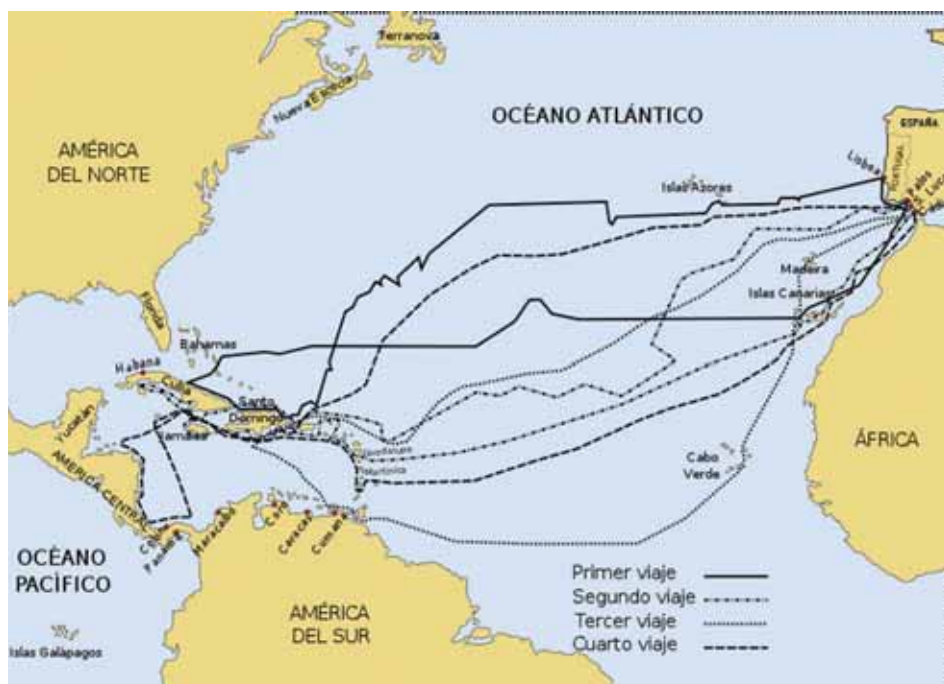
La expulsión de los judíos, dictada por los Reyes Católicos en marzo de 1492, podía buscar la protección de los conversos frente al nocivo ejemplo de los leales a la ley mosaica, pero sin duda poseía una intención más profunda: dotar de mayor homogeneidad a la sociedad hispana, estrechar los lazos entre los naturales de sus distintos reinos. Era el primer paso; pronto llegaría el



El Gran Capitán observa el cadáver del duque de Nemours tras la batalla de Ceriñola, por Federico Madrazo (1835), Museo del Prado, Madrid. La batalla de Ceriñola, el 28 de abril de 1503, suele considerarse el inicio de la hegemonía militar española en Europa.

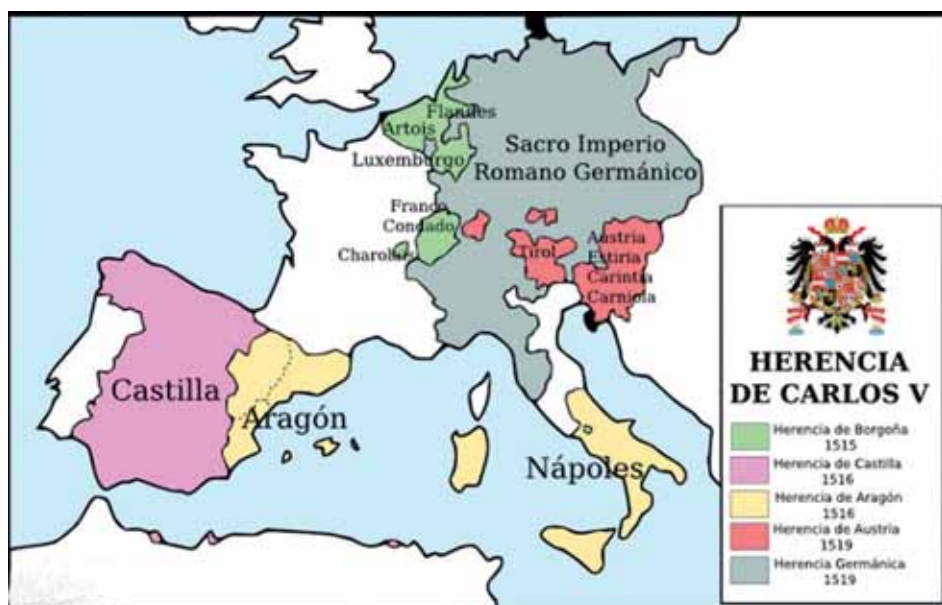
Tratado de Barcelona, Carlos VIII devolvía el Rosellón y la Cerdaña a los aragoneses, que debían a cambio dejarle manos libres en Nápoles. Pero se trataba de una aña gaza. Cuando, al aproximarse las tropas galas, el papa Alejandro VI se encerró en el castillo de Sant'Angelo, Fernando intervino alegando que los franceses no tenían permiso para atacar Roma. Así daba comienzo un conflicto que terminó en 1504, derrotados los franceses en Ceriñola y Garellano y aislada Francia por los hábiles manejos diplomáticos del aragonés, con la incorporación de Nápoles a las posesiones de Fernando y la imposición en Italia de una sólida hegemonía española llamada a perdurar dos centurias.

Menos atención mereció el norte de África, a pesar de su cercanía y de la terrible amenaza que su posible control por los turcos otomanos podía suponer para las



Los viajes de Colón a América. En el transcurso de sus cuatro expediciones a las Indias, entre 1492 y 1504, el almirante exploró las Antillas y el Caribe, y tocó tierra firme en el centro y sur del continente. Sin embargo, la habilidad que demostró como marino no la poseyó como gobernante. Acusado de mal gobierno, retornó a España cargado de grilletes y, aunque recuperó la libertad, perdió los inmensos privilegios políticos y económicos que le prometieron los reyes en las Capitulaciones de Santa Fe.

del descubrimiento de América se debió tan solo a la apuesta personal de los reyes. Cristóbal Colón, en aquel momento poco más que un marino anónimo sin mérito alguno en su haber, aunque ya emparentado por matrimonio con la clase alta portuguesa, peregrinó por las cortes europeas antes de entrar en tratos con Isabel y Fernando, cosechando un fracaso tras otro en Portugal, Inglaterra y Francia. En la misma Castilla, donde había llegado en 1485, tardará casi cuatro años en ser escuchado por los monarcas, nada sorprendente en un completo desconocido que se presentaba con un



La herencia de Carlos de Gante. Convertido, por causa de los reinos que se acumularon en su persona, en el soberano más poderoso de Europa, Carlos I de España y V de Alemania (por mejor decir, del Sacro Imperio Romano Germánico) trató de convertirse en caudillo indiscutible de una Cristiandad unida contra el Islam. Sin embargo, sus ideales eran ya antiguos en un mundo de naciones emergentes cuyos soberanos no reconocían autoridad alguna superior a la suya propia.

de edad del futuro monarca, Carlos de Gante, el primogénito de Juana.

Solo en 1516, fallecido Fernando tras acrecer el acervo territorial de Castilla con la incorporación de Navarra y tras una breve regencia del cardenal Cisneros, llega la hora del heredero. Pero Carlos no ha estado nunca en España; es un extranjero nacido en Flandes y educado como un príncipe borgoñón. No habla castellano, y su mentalidad, y la de los consejeros que le acompañan, es por completo ajena a la de sus súbditos. Además, el destino lo ha llamado a gobernar los estados más vastos de la Europa cristiana, y pronto se ve obnubilado por la posibilidad cierta de convertirse



Felipe II, por Alonso Sánchez Coello (1585). Hijo del emperador Carlos, fue preparado por su padre para ejercer el oficio de gobernar el Estado más poderoso de Europa. Sin embargo, los defectos de su carácter, en exceso perfeccionista y desconfiado, y las dificultades del contexto histórico en el que le tocó reinar hicieron de él un hombre infeliz y un monarca odiado y temido, tanto, quizá, como lo fueron los españoles en aquella Europa sometida a su hegemonía.

el derecho de cada soberano a escoger su religión y la de sus súbditos.

El César ha fracasado; ninguno de sus sueños se ha hecho realidad. Con poco más de cincuenta años, se ha convertido en un anciano prematuro. Retirado en Yuste, abdica su corona y sus trabajos. Fernando, su hermano, le sucede en el Imperio; Felipe II, su hijo, en los demás estados. Corre el año de 1556.



Batalla de Lepanto, fresco, Museos Vaticanos. La batalla, librada el 7 de octubre de 1571 cerca de la ciudad griega de Náfpaktos, supuso el fin del peligro turco en Occidente.

la Paz de Cateau-Cambrésis un año después y quedó luego apartada de la escena internacional por las guerras de religión que asolaron el país durante una generación. Tampoco lo fueron por mucho tiempo los turcos, vencidos en 1571 por Juan de Austria, hermano de padre del rey Felipe, en la batalla de Lepanto gracias a una alianza, la Santa Liga, concertada entre el Papa, los españoles y los venecianos. Por desgracia, otros problemas nacerían para ocupar el lugar de los resueltos.

Los opulentos Países Bajos, una de las joyas más preciadas de la corona española, eran presa de una rebelión que no parecía fácil extinguir. El calvinismo había arraigado con fuerza en las provincias del norte, y a él se

6

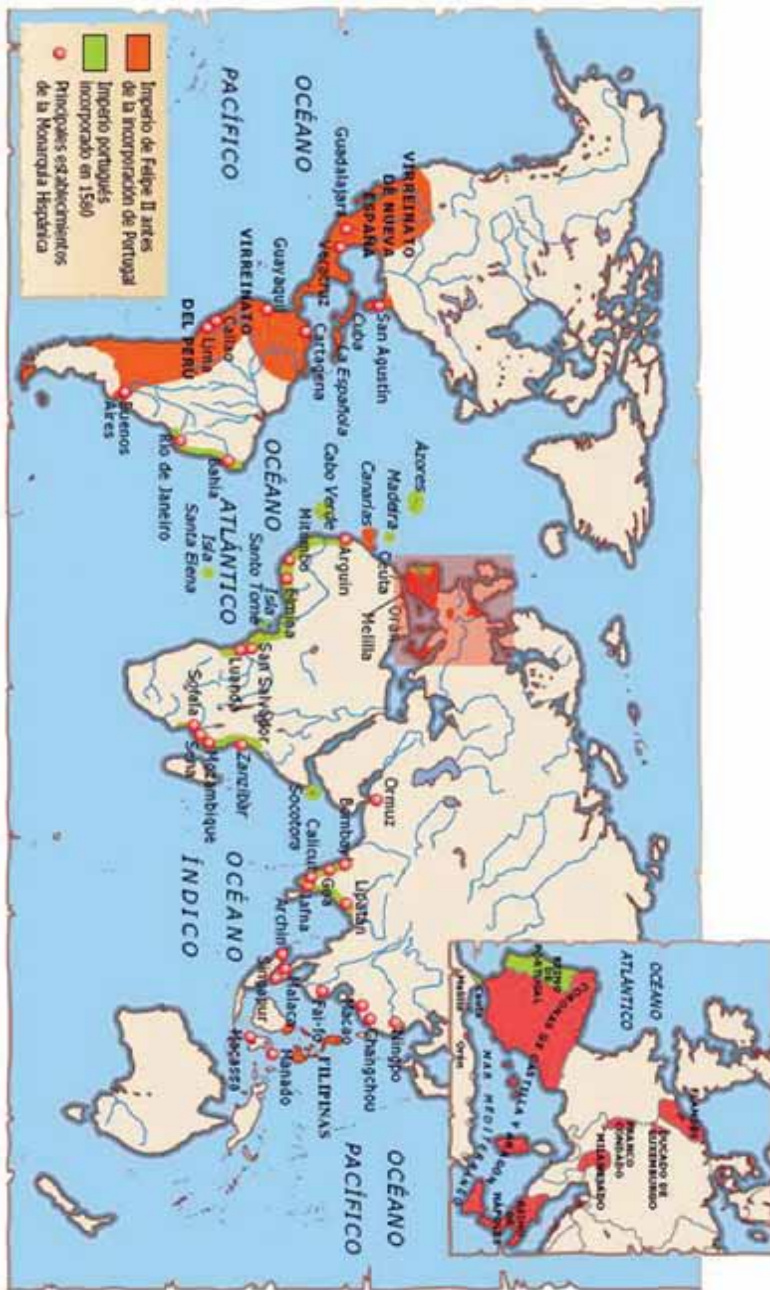
Un gigante con pies de barro

Las circunstancias que obligaron a España a una retirada gradual de sus aventuras imperiales durante la última década del siglo XVI y la primera del XVII eran a la vez universales y nacionales. La crisis nacional, castellana, era la única que, forzosamente, atraía la atención de los contemporáneos. Tras ella, sin embargo, se ocultaba una crisis mucho menos evidente, pero de dimensiones mucho mayores y que inevitablemente actuaba sobre la suerte de Castilla. Era esta la crisis provocada por un cambio gradual pero profundo en el carácter de las relaciones económicas entre España y su imperio de ultramar.

John H. Elliott: *La España imperial*, 1965.

DECADENCIA

La dramática, y ya innegable, falta de recursos que padecieron los monarcas españoles desde finales del siglo XVI habría de ser el factor determinante que les condenara a perder su hegemonía. Pero eso no sucedió de inmediato. Muerto Felipe II en 1598, asciende al trono su hijo,



La herencia de Felipe III. Aunque la España de este monarca era todavía la mayor potencia de Occidente, las bases de su hegemonía habían empezado a cuartearse. Las remesas de plata americana eran cada vez menores; la economía mostraba ya síntomas de agotamiento, y la corrupción y el despilfarro mermaban aún más los recursos decrecientes con los que contaba la monarquía hispánica. En el transcurso de unas pocas décadas, el poder de los Austrias españoles será un mero recuerdo.



El conde-duque de Olivares, por Velázquez, 1632, Museo del Prado. El valido aparece aquí retratado en la cúspide de su poder, con el bastón de mando militar y la expresión orgullosa de un hombre que se sabe dueño del país más poderoso del mundo.

con sus posibilidades. Pero, desde tiempo atrás, Olivares reflexionaba sobre la necesidad de reformar la constitución de la monarquía, que limitaba no solo el poder del rey fuera de Castilla, sino el potencial exterior del Estado. Creía el valido que las leyes debían someterse en todo el Imperio al mismo patrón que las castellanas, no para castellanizar a los otros reinos, sino porque tales leyes eran las que menos trabas ponían al poder central, y solo un poder central fuerte podía asegurar el



La revuelta de los segadores en Cataluña el día del Corpus de Sangre, por Antoni Estruch, 1907, Museo de Historia de Sabadell. La revuelta de los segadores, mitificada hasta la saciedad por el nacionalismo catalán, no fue una acción política, ni tampoco se dirigió contra el rey de España, sino contra los abusos de sus tropas, extranjeras en su mayor parte.

Las tropas francesas no fueron más amables que las de Olivares; su coste recayó sobre las mismas espaldas, y la guerra se cebó en el país. La competencia francesa aniquiló su comercio y el absolutismo de su rey laminó sus constituciones. Mucho tardaría en llegar la paz. Cuando lo hizo al fin, en 1659, Cataluña conservó sus fueros y sus dirigentes aprendieron que, sin el resto de España, caería en manos de Francia, unas manos mucho más exigentes. Habían pagado un altísimo precio. Por desgracia, no lo pagaron solos. El pueblo catalán lo pagó con ellos, y el castellano, el sufrido pueblo castellano, hubo de pagarlo también. No es exagerado decir que la hegemonía española murió el mismo día que dio comienzo la revuelta de los catalanes.



Europa a mediados del siglo xvii. Tras las paces de Westfalia (1648) y Pirineos (1659), resulta evidente que la Francia de Luis XIV ha ocupado el papel de España en el concierto europeo. Hasta el final de la centuria, la monarquía hispánica no es ya sino un gigante sin fuerzas para defenderse que contempla impotente cómo sus vecinos le arrancan, uno tras otro, jirones de sus harapos.

faltaba dinero. España no podía ya sostener la guerra contra tantos enemigos a la vez. Había que buscar la paz, y la paz no llegaría mientras Madrid no reconociera la independencia de las Provincias Unidas. Así lo hizo en 1648 por el Tratado de Münster, que ponía fin a ochenta años de guerra.



Carlos II, por Juan Carreño de Miranda (c. 1685). El aspecto del monarca es una viva metáfora de la realidad del país sobre el que reinaba, víctima de siglo y medio de guerras como el rey lo era de sucesivas generaciones de matrimonios consanguíneos.

últimos años del reinado verán la luz valientes intentos de reforma, que se estrellarán contra el muro infranqueable del privilegio y la cerrazón de la burocracia, la nobleza y el clero. La periferia, protegida por sus fueros de los desmanes del Gobierno y beneficiada por la libertad comercial decretada por la Paz de los Pirineos, disfruta mientras de una oportunidad que, negada a Castilla, solo Cataluña aprovecha. Su agricultura crece; sus textiles, que se venden ya en Francia, se aprestan a conquistar el inmenso mercado americano. El bandolerismo

Glosario

Albigenses o *cátaros*: Miembros de una secta cristiana que se extendió por el sur de Francia y el norte del entonces territorio catalán entre los siglos XII y XIII. No creían en el infierno ni en la resurrección de la carne. Rechazaban los sacramentos y la posesión de bienes por la Iglesia. Declarados herejes, el apoyo del papa Inocencio III permitió al rey de Francia Felipe II valerse de los cruzados al mando de Simón de Monfort para extirpar la herejía al tiempo que imponía su autoridad en la zona, lo que provocó la intervención del rey aragonés Pedro II, que acudió en ayuda de sus vasallos y aliados los condes de Tolosa y de Foix. La derrota aragonesa en la decisiva batalla de Muret, que se libró el 13 de septiembre de 1213 en una llanura a unos doce kilómetros al sur de Tolosa (la Toulouse francesa), frenó definitivamente las ansias expansionistas de la corona de Aragón hacia el norte y selló su destino mediterráneo.

Cronología básica de la historia de España hasta 1700

ANTES DE LA CONQUISTA ROMANA

- 1 600 000-9000 a. C.: Los primeros individuos del género *Homo* llegan a la península ibérica.
- 750 000 a. C.: Los primeros cazadores comienzan a utilizar útiles concretos de caza.
- 700 000-650 000 a. C.: Fabricación de las primeras hachas de mano a partir de bifaces.
- 400 000-100 000 a. C.: *Homo Erectus* ocupa zonas como las de Atapuerca (Burgos) y Banyoles (Girona).

Bibliografía

- ALVAR EZQUERRA, Jaime (dir.) (2008). *Entre fenicios y visigodos*. Madrid: La Esfera de los libros.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo (2018). *Felipe IV El Grande*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente Ángel (2011). *Historia de España de la Edad Media*. Barcelona: Ariel.
- ARCE, Javier (2007). *Bárbaros y romanos en Hispania, 400-507 A.D.* Madrid: Marcial Pons.
- ARCE, Javier (2011). *Esperando a los árabes: los visigodos en Hispania (507-711)*. Madrid: Marcial Pons.
- ARSUAGA, Juan Luis y MARTÍNEZ, Ignacio (1998). *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana*. Barcelona: Temas de Hoy.
- BARCELÓ, Pedro; FERRER MAESTRO, Juan José (2016). *Historia de la Hispania romana*. Madrid: Alianza Editorial.

Las imágenes se insertan con fines educativos.
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para
contactar con los titulares del *copyright*.
En el caso de errores u omisiones inadvertidas,
contactar con el editor.